

**CORONACIÓN PONTIFICIA  
DE LA VIRGEN DE LA SIERRA  
Cabra, 4,VI,2005**

1. Comienzo mi homilía saludando con afecto fraterno al Sr. Vicario Episcopal de la Campiña, al Sr. Arcipreste, a los párrocos de Cabra, a los sacerdotes y a los miembros de la vida consagrada. Saludo también con respeto a Su Alteza Real la Infanta Dña. Margarita de Borbón y a su esposo, el Excmo. Sr. Duque de Soria, que han aceptado gentilmente el padrinazgo de la Coronación Pontificia de la imagen bendita de la Virgen de la Sierra. Mi saludo deferente y cordial a la Excma. Sra. Ministra de Cultura, al Ilmo. Sr. Alcalde y miembros de la Corporación Municipal de Cabra, a las Excmas. e Ilmas. autoridades presentes, al Consiliario, Hermano Mayor, Junta de Gobierno y miembros de la Real Archicofradía y a todos vosotros, hijos de esta ciudad milenaria, y a los devotos llegados de los distintos pueblos y ciudades de la Diócesis, de las Iglesias hermanas de Andalucía y desde otros puntos de España.

2. *"El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres"*. Estas palabras del salmo 125 describen con mucha propiedad nuestros sentimientos en esta noche, en la que reunidos en torno a la Virgen, vamos a ser testigos y protagonistas con ella de su Coronación Pontificia, acontecimiento que tantos buenos egabrenses soñaron ver y no vieron y que a nosotros el Señor nos concede contemplar. Por ello, es natural la alegría que percibo en vuestros rostros y el calor que alienta vuestros corazones al alcanzar esta meta largamente soñada, en este día que quedará escrito con caracteres indelebles en la historia de vuestra ciudad.

3. Sería imperdonable olvidar en esta noche al queridísimo Santo Padre Juan Pablo II, que el 16 de marzo del año pasado, a través de un rescripto de la Congregación para el Culto Divino y la

Disciplina de los Sacramentos, delegaba en el Obispo de Córdoba la facultad de coronar a la Virgen de la Sierra "*en nombre y con la autoridad del Sumo Pontífice*". Le recordamos con cariño agradecido por esta gracia singular, por su testimonio de entrega hasta el último aliento al servicio de la Iglesia, por su testimonio de amor a Jesucristo y a su madre bendita, que quiso encerrar en su lema episcopal y pontificio "*Totus tuus*".

4. La ceremonia que dentro de unos momentos vamos a celebrar es excepcionalmente rica en contenido y tiene un profundo significado espiritual. La Iglesia corona las imágenes de la Virgen porque previamente, después de su ascensión a los cielos, María fue coronada por la Santísima Trinidad como reina y señora de todo lo creado. Esta verdad, creída siempre en la Iglesia, hunde sus raíces en la Palabra de Dios. El libro de los Salmos anuncia proféticamente la entronización de María, enjoyada con oro, a la derecha de su Hijo en la gloria celestial (Sal 44,11). El Apocalipsis, por su parte, cierra sus alentadoras visiones orientando nuestra mirada a María, la "*mujer vestida de sol, con la luna por pedestal y coronada con doce estrellas*" (Apoc 12,1). También los Padres de la Iglesia en los primeros siglos enseñan esta verdad consoladora. Descuella entre ellos San Ildefonso de Toledo, uno de los más grandes cantores de la realeza de María, a la que prodiga los títulos de *Señora, Dueña, Dominadora y Reina*. La liturgia, por su parte, llama a la Virgen *Reina del cielo, Reina y madre de misericordia*. No es extraño, pues, que el Papa Pío XII dedicara a la realeza de María la encíclica "*Fulgens corona*", instituyendo la fiesta litúrgica de María reina.

5. María es reina por ser la madre del que es "*Rey de reyes y señor de los señores*" (Apoc 19,16). María es reina por haber cooperado con Él en la obra saludable de nuestra redención. Si Jesucristo es rey por ser Dios, María es reina por ser madre de Dios. Si Cristo es rey del mundo por ser su redentor, María es reina por ser corredentora, al aceptar el dolor y la muerte de su Hijo y

ofrecerla al Padre por la salvación de toda la humanidad. Por ello, el Concilio Vaticano II afirma con mucha concisión y claridad que María, *"asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial, fue ensalzada por el Señor como reina del universo con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de los señores y vencedor del pecado y de la muerte"* (LG 62).

6. La coronación de María como reina del mundo, es para todos nosotros, la humanidad peregrina que gime en este valle de lágrimas, *signo de esperanza segura y de consuelo hasta que llegue el día del Señor* (LG 68). Ella, como primera redimida por el misterio pascual de su Hijo, nos ha precedido en el reino prometido a los que son fieles, a los que, como ella, hacen de su vida un sí a Dios. Allí reinaremos con Cristo y con María (Apoc 22,5); nos sentaremos sobre tronos (Lc 22,29-30) y recibiremos la *corona de la justicia* (2 Tim 4,7-8), la *corona de la vida* (Sant 1,12; Apoc 2,10), la *corona de gloria que no se marchita* (1 Pet 5,4). Este es el destino feliz que aguarda al Pueblo de Reyes que constituimos todos los bautizados.

7. En esta hora de la Iglesia y del mundo marcada por la desesperanza, en la que tantos hombres y mujeres han perdido la fe en las promesas de Dios, en la resurrección de la carne y en la vida eterna, causa sin duda del desvanecimiento de los valores morales, la contemplación del triunfo de María y su coronación como reina y señora de todo lo creado, robustece nuestra esperanza en medio de las luchas y dificultades de la vida. La resurrección del Señor, Cabeza del Cuerpo Místico, y su victoria sobre la muerte es prenda de la resurrección de sus miembros. El triunfo de María, el miembro más excelso de la Iglesia y *primicia* de la nueva humanidad (1 Cor 15,20), es la confirmación de que también la Iglesia y cada uno de sus hijos seremos algún día partícipes de su triunfo.

8. El misterio de la coronación de la Virgen humilde y fiel, que responde a la propuesta del ángel acogiendo el designio de Dios sobre ella (Lc 1,37), nos ayuda a comprender el valor relativo de las glorias, placeres y grandezas de este mundo, frente a lo único verdaderamente decisivo e importante, la posesión de Dios, el abrazo definitivo con Él, la contemplación de la infinita dulzura de su rostro por toda la eternidad y el premio eterno que Dios tiene reservado para los que le aman.

9. El misterio de la coronación de la Virgen nos desvela además la misión de María en la vida de la Iglesia y en nuestra propia vida. María es la mujer que hiere la cabeza de la serpiente en los umbrales de la historia y se nos muestra como garantía segura de victoria (Gén 3,15). María es la señal que da Dios al rey Acáz por medio de Isaías: una virgen dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Dios-con-nosotros (Is 7,13-15). María es la señal que sube del desierto, a la que saluda el Cantar de los Cantares como columna de humo sahumado de mirra y de incienso y de toda suerte de aromas exóticos (Cant 3,6). María es la señal magnífica y deslumbrante que llena por entero la apoteósica visión del capítulo 12 del Apocalipsis. En ella aparece un enorme dragón rojo, calificado como *"la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el seductor del mundo entero"* (Ap 12,9), en lucha perenne contra la humanidad. En el fragor de esta lucha se levanta el signo grandioso de la Virgen victoriosa sobre *el gran dragón*, que es entronizada como reina a la derecha de su Hijo. Con ello nos enseña San Juan que en la lucha espiritual entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre el pecado y la gracia, es decisiva la ayuda de María a la Iglesia y a cada uno de los cristianos para lograr la victoria definitiva sobre el mal.

10. María fue la senda por la que Dios se hizo presente en nuestra historia. Por ello, es el lugar de encuentro de la humanidad con Dios y el camino más enderezado para llegar a Él. Ella es la nube que nos conduce de día y la luz que alumbra nuestras

oscuridades interiores. La liturgia secular la llama "*puerta dichosa del cielo*". La llama también "*estrella del mar*", porque nos guía hacia Cristo, puerto de salvación. Desde las alturas de Dios María contempla a sus hijos. Como madre solícita, vela por nosotros, sostiene nuestro esfuerzo, alienta nuestra fidelidad y "*continúa alcanzándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna*" (L.G.,62). Ella es la prenda de Dios; ella es para nosotros sus hijos pilar de firmeza indestructible. Nos lo dice la Escritura Santa. Nos lo dice también la tradición cristiana, la enseñanza perenne de la Iglesia y el sentido de la fe de nuestro pueblo, que siempre se ha acogido *bajo el amparo* de aquella que es *abogada nuestra, auxilio de los cristianos, socorro y medianera entre Dios y los hombres*.

11. Dentro de unos momentos, voy a tener el honor inmerecido de coronar a la Santísima Virgen de la Sierra "*en nombre y con la autoridad del Sumo Pontífice*" Benedicto XVI, al que recordamos en esta noche con afecto filial y con el que estrechamos los vínculos de comunión. La coronamos con la joya bellísima que ha labrado en estos meses la piedad y la generosidad de los egabrenses y que quiere ser el símbolo de la coronación de María en la intimidad de nuestros corazones como reina y señora de nuestras vidas. El pasado 9 de septiembre, en el inicio del camino de preparación para este magno acontecimiento, os proponía un lema que en esta noche os vuelvo a reiterar: "*María en el corazón*"; "*María en el corazón*" de todos los egabrenses de nacimiento o de adopción; "*María en el corazón*" de todos sus devotos. Si, queridos hermanos y hermanas, pongamos a María en el centro de nuestros corazones y de nuestras vidas. Caminemos con ella, "*a la zaga de su huella*", poniéndola como estandarte de nuestra peregrinación en esta tierra. ¡Qué mejor compañía que la de Santa María de la Sierra! Que a partir de hoy, con un gozo y un compromiso renovados, la Virgen de la Sierra sea el centro de nuestros pensamientos, el norte de nuestros anhelos, el apoyo de nuestras luchas, el bálsamo de nuestros sufrimientos y la causa

redoblada de nuestras alegrías. Con "*María en el corazón*", nuestra vida se convertirá en un camino de conversión y de gracia, de reconciliación con Dios y con los hermanos, de fraternidad y servicio humilde y esmerado a los pobres y a los que sufren, y en un manantial de santidad, de dinamismo apostólico y misionero y de fidelidad a nuestra vocación cristiana, que robustecerá nuestra unión con el Señor, meta final del acontecimiento singular que en esta noche a todos nos llena de alegría.

12. En esta noche, en que la Virgen de la Sierra nos mira con especial ternura, nos dirigimos a ella y la invocamos. Le pedimos por la Iglesia, para que no desfalezca en el camino de la Nueva Evangelización. Le pedimos que bendiga a la Familia Real tan dignamente representada por Su Alteza Dña. Margarita de Borbón y su esposo, el Sr. Duque de Soria. Le pedimos también por nuestra Diócesis, por sus sacerdotes, consagrados y laicos y, muy especialmente, por los jóvenes, ávidos de una felicidad infinita que sólo Jesucristo puede saciar. Le pedimos que aliente a nuestras autoridades en su servicio al auténtico bien común. Le pedimos que todos los hijos e hijas de Cabra sean siempre fieles a sus raíces cristianas, a su mejor historia y a la devoción a la Virgen de la Sierra, que ha caracterizado siempre la religiosidad de esta histórica ciudad. ¡Ayúdanos a todos, pastores y fieles, a amar, adorar y servir a Jesús, el fruto bendito de tu vientre, ¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Amén.

+ Juan José Asenjo Pelegrina  
Obispo de Córdoba